

en esta egregia señora. Desde que pisó Francia, enrolláronsele del pie á la cabeza los nudos de cien culebras. Los maestros de su marido eran espías de ella y propalaban respecto de su vida los mayores desatinos. Burlábanse de la Reina casi todos los cortesanos de las demás personas reales, y ella los burlaba en todas sus pretensiones y se atraía enemistades rabiosas y eternas. Lo que más debió ganarle por aquella sazón los afectos de la democracia, y con la democracia desgraciadamente la indispuo, fué su odio á la etiqueta y su familiaridad con todo el mundo. Porque á la tiesa y almidonada madame Noailles le oponía inconstrastable resistencia en su monomanía de conservar los viejos usos cortesanos, odiábanla todas las damas versallesas. Llamábanlas señoras Etiquetas, mote gracioso é inocente, y Austriaca la llamaban ellas, en cambio, mote asesino. Así no podía la infeliz murmurar con gracia sin oír que la llamaban burlona sin majestad. No podía convertir sus ojos á mirar un amigo sin que se dijese que aquella mirada era mirada de amante. Si alguna vez erguía su figura y tomaba parte de Reina, la criticaban por imitar á María Teresa; y si por acaso vestía de gasa y se iba por Triánón á ordeñar vacas y hacer quesos, la criticaban por remedar á Rosina. El partido nacional, adversario implacable del Austria, le argüía por la desmembración de Polonia y deslizaba en los oídos de todos con arte que se plañía en secreto de que Alemania hubiera perdido en sus guerras Alsacia y Lorena. No pasaba cosa mala en Austria la cual no recayera sobre su frente y no tocara á su responsabilidad. Para mostrar su doblez, decían era como su madre, la cual con la mano derecha cogía el pañuelo para secar las lágrimas arrancadas á sus ojos por la desmembración de Polonia y con la mano izquierda se cogía los restos de Polonia que le tocaban á ella en el infame reparto. Muchos otros murmuraban que había el partido austriaco de Versalles envenenado al padre y á la madre de Luis XVI para que pudiese cumplirse la boda de éste con María Antonieta y anudarse la triste alianza y amistad austriacas. Las devotas tías del Rey detestaban á la Reina por ligerísima, y la Dubarry, la casi viuda de Luis XV, querida oficial de éste, por austerísima. Aunque desde su ascensión al trono hasta la convocatoria de los Notables no gobernó la cuitada; gobernando primero los ministros del Rey muerto, luego su enemigo Maurepas, Turgot más tarde impuesto por los filósofos, Necker, á quien aborrecía; pero á la primer desgracia de este último, asumió el poder con la entrada de Calonne en el gobierno, y al poder se añadió una tremenda impopularidad. Y cuando más combatida parecía, y en realidad más desgraciada era, como una Hecate fúnebre y funesta, madame Lamotte surge airada en su vida y mancha su historia.

No pudiendo tal infeliz sostener su posición, y deseosa de recabar el antiguo patrimonio con la magia de su ilustre nombre, instalóse la Valois en París, sin recurso ninguno. Por este gran desierto se moría de hambre y no lo manifestaba nunca, temiendo más la humillación que la miseria. Cuando se veía muy apurada iba por las casas de las gentes ricas de su país y devoraba su comida en la mesa para tres ó cuatro días. Pero llegó en

sus apuros hasta desmayarse más de una vez por debilidad y por miseria. En tal situación se encontró frente á frente del gran limosnero de la corte, del Cardenal Rohan que recibía del Rey ciertas cantidades para auxilio de las familias nobles y pobres. La primera vez que se presentó, la compadeció; pero la segunda vez la amó. A los pocos días, la descendiente de los Reyes de Francia pasó á ser manceba de un cardenal de la sacra romana Iglesia, y tuvo un hotel magnífico donde la servían catorce criados con ostentosas libreas. Era el cardenal uno de aquellos príncipes eclesiásticos tan comunes en el pasado siglo; de una riqueza fabulosa y arruinado; de una superstición increíble y epicúreo; hábil para los manejos diplomáticos é inhábil para la sociedad y el mundo; muy orgulloso de su nombre y comprometiéndolo en miles de aventuras; más orgulloso todavía de su posición y deshonorándola con innumerables vicios; perfumado y vestido y cuajado de pedrería como una dama; enamorado como un estudiante, ligero como el más vulgar calavera, perdido por sus desenfrenos de lujo y por el mantenimiento ostentoso de una corte que le servía para sus maquinaciones, sus intrigas y su incontrastable influencia. La Valois era á su vez de hermosura rara, de superioridad evidente, de atractivo seductor; en sus maneras una reina, en su conversación una literata, en sus tratos una intrigante, con mucho anhelo de alta posición y mucho amor al dinero; sensual y libertina, pero en cuanto su sensualidad y su libertinaje sirvieran, no al goce de sus sentidos embotados por la desgracia, sino á sus pasiones culminantes, á su ambición y á su codicia. La Reina estaba entonces en el período álgido de sus placeres, placeres nada compatibles con su edad, que tocaba ya en los treinta años. Representaba á puertas cerradas la Rosina del *Figaro*. Leía el *Baroncito de Faublas*. Ejercitaba sus talentos de actriz en los papeles de confidentes y de criadas. Gustaba de las farsas italianas y de que los grandes hieieran de payasos, de bufones, de pasquinos, de cascabeleros. Sobre todo se divertía con las sorpresas y con las bromas pesadas, como el día en que dió de comer á las vendedoras del mercado y puso en la comida polvos de jalapa. Hasta se cuenta que volvió del baile de máscaras más de una vez en coche de plaza, y que embromó tan pesadamente como á las mercaderas, aunque de otra suerte, á sus cuñadas y á sus tías las ilustres princesas de la sangre. En medio de todas estas demencias aparece una mujer misteriosa que, desde las mayores alturas, ha caído en las mayores miserias sociales, que de una pobreza horrible sube á una abundancia improvisada y milagrosa; hija de padres nómadas, los cuales desde Francia pasaron al Canadá, desde el Canadá á Francia, representantes altivos de la cultura europea y viviendo como los salvajes del aire y de la luz y de la casualidad por notable menosprecio al trabajo; conservando la cara ovalada de su regia estirpe, los ojos azules que centelleaban bajo las negras cejas como centellean las estrellas entre las sombras; todo realzado por el corte escultórico de sus labios y la expresión elocuentísima de su encantadora sonrisa. Sabido es que la Reina tenía siempre una amiga favorita, por ese anhelo que hay en los poderosos de sentir la dulcísima igualdad

como había tenido la Lamballe, la Polignac encontrada también por acaso, y otras damas ilustres. El misterio que rodeaba á la Valois, era indudablemente un atractivo más para despertar el interés de la Reina en aquel momento vertiginoso de su procelosa existencia.

¿Cómo van las desgraciadas nobles y la Reina en persona con los ojos abiertos al abismo! Cuando todo les imponía el deber de recluírse austeras en una grande severidad, revolotean al borde obscuro de los abismos y juegan desatentadas con el fuego que debía consumir las. El pueblo entonaba cantares licenciosos contra estas señoras, dadas á tomarse licencias, no tan atentatorias á su virtud como á su honra. ¿Quién les mandaba poner las apariencias al lado de las sospechas? ¿Quién les pedía que á su propia sombra prosperasen calumnias sin otro fundamento que su ligereza, no criminales pero sí dementes? Lo que por las calles se cantaba en alta voz, decíase por los salones en voz baja, pero entre chismes y chacota. Contaban que la Reina se metía en los simones por las noches, y que á la puerta de París se le cayó á la madrugada una rueda de tan desvenecijados vehículos. Si estaba en cinta, los mismos príncipes atribuían al primero que iba por el palacio la embustera paternidad de los hijos del Rey, hijos verdaderos, pues todos los comprobantes de la Historia demuestran que si la Reina, por su proceder público y por su política desatentada, cien veces había deservido al Rey, como esposa, en todo tiempo había guardado fidelidad al esposo. Pero su impopularidad crecía de una manera espantosa. Para comprenderla, recordaremos un hecho de la mayor significación. Celebrábase una Exposición de Pinturas en París el año 1787. Un excelente pintor de corte compuso ó trazó hermoso grupo, la Reina con sus hijos en cuadro maestro. La hija mayor, duquesa de Angulema futura, colocada junto á su madre, luctuosa y triste, pretendía disipar sus siniestros pensamientos y dulces sonrisas; el duque de Normandía, sobre sus rodillas, transparentaba en su semblante la maternal tristeza; mientras el Delfin designaba con su dedito la cuna vacía de su hermanilla Beatriz, muerta, cuando apenas contaba un año, y sobre todos ellos parecía extenderse con sus espesísimas sombras la siniestra fatalidad. Pues bien, este cuadro, que debió excitar piedad por adivinación del arte apareciendo como un presentimiento, provocó tales indignaciones, á causa de las innumerables calumnias por todos lados difundidas, que no se atrevieron á exponerlo. Pero ¿qué no había de pasar donde vivían príncipes de la Iglesia y cardenales como el cardenal Rohan?

Una de las manías de tal malvado, era enamorar á la Reina de Francia, la cual de antemano mostraba contra él un odio invencible. No sabemos si por complacer al prelado ó por divertir á la Reina, había tratado la Valois de una reconciliación; lo que sí sabemos, lo que tiene la Historia ya averiguado y decidido, es que el príncipe de la Iglesia se creía, ó por habilidad de su nueva amiga ó por burlas de su antigua enemiga, casi preferido de la Reina á tantos diversos galanes como la requerían inútilmente de amores. Su engaño llegó tan lejos, que una noche admitió misteriosa cita en el parque reservado de Ver-

salles donde no podía llegar nadie que no perteneciese á la casa real, á causa de estar cerrada la verja. Una sombra blanca que resaltaba sobre los bojes oscuros, un vestido de muselina claro, una mano finísima, una voz de incomparable dulzura conmovida por el acento de la pasión, le sirvieron al cardenal disfrazado de mosquetero de la Reina, para creer que todo estaba olvidado entre dos antiguos enemigos, y para tomar como prenda de este olvido una rosa. Esto es verdad. Pero también es verdad que quien hizo de Reina, que quien se presentó á los ojos del cuitado, fué una actriz, conducida allí por la Valois, y pagada regiamente por el papel que había representado en aquella regia comedia. Ahora bien, ¿esta farsa se tramó para engañar con apariencias de verdad al cardenal, cosa difícil, si se recuerda el rigor de las consignas en el parque, ó para divertir á la Reina misma con una broma pesada, como la que tantas veces diera en sus continuas diversiones? Lo segundo parece más probable y más en armonía con la índole de los tiempos y con el carácter de la Reina. El cardenal guardó la rosa recogida en la entrevista de Versalles, como pudiera haber guardado una joya, en cajita de precioso ébano, toda ella orlada de diamantes. No le bastaba con esta satisfacción de amor propio, y dirigió á la Reina cartas sobre cartas, en cuyos renglones latía la pasión más ciega, y á veces hasta la más desenfrenada lujuria. La portadora de tales misivas era la misma, la Valois, que fingía las respuestas. Nada más fácil, pues la Reina hasta las cartas á su madre escribía por medio de su secretario, y, muchas veces, ni aun la firma era suya. El círculo íntimo de María Antonieta comentaba con burla y chacota todas estas cartas del cardenal enamorado, y escribía en común las respuestas dictadas por ese afán de divertirse, al cual todo se sacrificaba en aquella cámara. Por fin, llegó una muestra extraordinaria de confianza, la compra de un collar que los joyeros de cámara habían hecho para la manceba de Luis XV, para madame Dubarry, collar que costaba ocho millones de reales y que pesaba sobre la caja de la tienda con extraordinaria pesadumbre. Los joyeros lo ofrecían mil veces y nunca lo compraba la corte. Siempre que el Rey proponía este regalo á la Reina, rechazábalo ésta como puede rechazarse un verdadero acto de demencia, á pesar de lo mucho que le gustaban los diamantes y de los dispendios que mil veces hiciera para poseerlos en gran número como convenía á una Reina de su altura y de su belleza. Cuando más apurado estaba el Erario, cuando el Rey acababa de consumir sacrificios mayores, como la compra de Saint-Cloud para María Antonieta y la entrega de algunos millones á los príncipes; cuando se preparaban fiestas que debían ser espléndidas, y, por consiguiente, costosas, en estos momentos tan graves, llega la noticia de que el riquísimo collar va á ser propiedad de la Reina de Portugal. Precisa vivir en una corte para comprender cómo pasaba á punto poco menos que de amor nacional, amor de prerrogativas, amor de dinastía, amor de privilegios, amor de predominio, amor de la corona, esta conversación en Versalles de una alhaja como no había otra igual en Europa.

Pero, por mucho que la Reina gustase del collar, no podía desearlo, ni pedirlo ni tenerlo de manos del cardenal aborrecido por ella de muerte. Representante del partido francés en la embajada de Viena, Rohan había perseguido con igual encarnizamiento á la Emperatriz madre que á la hija Reina. Su lengua de víbora destilaba cuanto veneno podía en las tertulias de madame Dubarry sobre la reputación y nombre de María Antonieta. Cuantas veces iba, ya de oficio, ya por gusto á la corte de Austria, otras tantas decía tales cosas y armaba tantos chismes respecto de la Reina, que María Teresa mandó al caballero Neni á Francia, para cerciorarse de la verdad, no pudiendo creer mintiese con tal descaro todo un príncipe de la Iglesia romana. Así, jamás la Reina le dirigió, no ya la palabra, el saludo. Siempre que por sus regios deberes se hallaba en el caso de verlo, no le miraba, volviendo los ojos á otra parte, pues le constaba que había clavado el diente ponzoñoso en su amor de madre y en su honra de mujer. Cierta vez que un príncipe y una princesa del Norte habían ido á visitar París, la Reina les obsequió con maravillosas fiestas en Versalles, y para verlas, pues no había recibido invitación alguna, tuvo que disfrazarse, como si aquello fuera un Carnaval, de gentilhomme laico. Los Goncourts, en la obra que han dedicado á historiar la vida de María Antonieta, publican una carta de ésta sobre Rohan, en la cual dice las palabras siguientes: «Yo pienso como piensa mi madre respecto del cardenal. Yo le creo de ideas perversísimas y muy dañoso por sus intrigas. Si de mí sola dependiera no estaría jamás á nuestro lado, aunque pensándolo bien, este cargo de gran limosnero no le procura género alguno de relación oficial con mi persona, y en cuanto al Rey no podrá estar á su oído, pues únicamente le verá en la hora de levantarse y al ir á la iglesia.» Por consecuencia, la Reina no podía entrar en trato ninguno con el cardenal. Pero memorias del tiempo, confidencias de camareras y camareros, un libro de Beugnot comentado en su estilo esplendente por Michelet, imbuyeron la infundada creencia de que, por el entusiasmo que despertaran en ella los diamantes del joyero, se había la Reina rebajado hasta el extremo de hablarse á los reclamos del infame Rohan y meterse dentro de la trampa que había puesto á sus pies la tramposa Lamotte. Como hemos extractado antes las *Memorias* de Barrás, que tanto defienden á la Reina, extractaremos ahora las *Memorias* de Beugnot, muy acusadoras y muy fiscales, terribles verdaderamente, pero que á las revelaciones del tiempo y á multitud de documentos publicados acerca del caso, van poco á poco borrándose hasta convertirlas en libelo apasionado y mentiroso.

Entre los encargos que todos los días llevaba su querida al cardenal, dice Beugnot dióle por fin el tantas veces propuesto y deseado por los joyeros de la Reina, es decir, la adquisición del collar. Regateóse un poco, se suspendió la entrega por una cantidad de trescientos mil francos, hasta que al fin quedó en la tasación de dos millones de francos, pagaderos en plazos y asegurados por un billete que llevaba esta firma: *María Antonieta, de Francia*. El cardenal, á quien la joya fué entregada con bien pocas precauciones, la entregó á su

vez á un simple camarero de la Reina que pasó á recogerla. Demostróse el collar según los testimonios más fehacientes, quedándose la Reina con los diamantes más gruesos y vendiéndose los más pequeños en Londres por Mr. Lamotte, marido de la pobre última descendiente de los antiguos Reyes. Este trajo el importe cuantioso de aquella venta, pero la mano del cardenal era un crisol en que todo dinero se derretía como un podazo de hielo y se evaporaba como un poco de éter. Así es que llegó el plazo primero y no se pudo pagar. Rohan, el prelado, el cardenal, el descendiente de los Reyes de Bretaña, en cuya comparación los Monarcas reinantes parecían de ayer, el limosnero Mayor de S. M., uno de los más altos personajes de la aristocracia, uno de los mayores príncipes de la iglesia, veíase metido en trance bien amargo y tratado como un vil estafador. Así es que, en plena corte, á mediados de Agosto, el día de San Luis, cuando iba á misa, cuando llevaba sus trajes episcopales y sus insignias eclesiásticas, cuando ardían ya las velas en los altares y resonaba el órgano y la corte se reunía, en medio de todo aquel fausto y de toda aquella grandeza, otro cortesano enemigo suyo, de esos implacables que hay en los palacios, dió orden á los guardias del Rey para que lo arrestaran y lo dirigieran inmediatamente á presencia del Monarca. Imposible encarecer el terror que produciría ver al gran eclesiástico revestido de todas las insignias á la puerta de su templo, con su clero á la espalda, esperando á su Rey para bendecirlo, y arrestado como el último de los más vulgares criminales. Inmediatamente después del arresto entró en la cámara real y encontró al Rey indignado y á la Reina llorando, con la cara oculta entre las manos ésta para que no vieran los profanos su rubor y su vergüenza. La primera palabra del Monarca fué una palabra de amarguísima reconvención al prelado, y la primera palabra del prelado fué una queja de que sin necesidad alguna se le hubiera detenido en el momento de mayor solemnidad con una tan grande agravación tal de escándalo que rayaba en verdadera crueldad. La Reina estaba desolada por verse comprometida en aquella ridícula tragicomedia. Sus enemigos decían que la presentada en el jardín era la Reina misma, las cartas obra de sus manos, el cardenal entretenimiento de sus ocios, la Valois tercera de sus divisiones, el collar joya comprada para su real ornato, la falta de pago culpa de sus despilfarros, la impopularidad del Rey, consecuencia de sus ligerezas, la crisis de la monarquía producto de su influencia, y los rugidos de la revolución eco de sus carcajadas. Decíase más, que en la caja de diamantes donde estaba encerrada la rosa seca, se tocaba un resorte y salía una miniatura del tiempo en la cual se veía su propia persona admirablemente representada y entregando al Tenorio eclesiástico aquella prenda de su afecto, aquel testimonio de su confianza. Ahora sí que podemos llamarla como el trágico inglés llamaba á otra ilustre princesa, Reina de los tristes destinos.

Los defensores de la Reina dicen que son las calumnias monstruosas en este asunto del collar; que no podía venderse Antonieta, orgullosa como era, por unos brillantes al mayor